

Autora: Teresa Zurdo Gil

Obra: *Nadie quiere Jugar al escondite*

Se oyen pasos de alguien que no llega nunca.

Mario Benedetti

Se escondía con la respiración jadeante y el corazón latiendo desbocado. Aguantaba el aliento escondido en el establo, detrás de la torre de la iglesia o debajo del carro del señor Emilio. Las calles polvorientas del pueblo se convertían en un escenario lleno de recovecos y posibilidades. Su madre le había pedido que no jugasen a matar, que ya estaban matando fuera, así que él solo se escondía, igual que su padre en los montes.

Cada tarde una veintena de muchachos se juntaban en la plaza, junto al campanario, y echaban a suertes para hacer los equipos. Siempre elegían primero a los más rápidos, entre los que estaba Nuño con sus piernas largas y fibrosas, y Ana, que era sigilosa y se movía como una sombra. Él era de los más pequeños pero se había ganado la fama de encontrar buenos escondites, lo que le llenaba de orgullo. El equipo que se quedaba en la plaza empezaba a contar cincuenta, cuarenta y nueve, cuarenta y ocho, mientras los demás salían disparados con los pantalones rotos, las rodillas llenas de costras y la suela de los zapatos levantada. Treinta y cinco, treinta y cuatro, treinta y tres ... Era lo más emocionante que vivía desde que no iba a la escuela y los días se parecían unos a otros como los ejercicios de matemáticas que la señorita Amparo ponía en la pizarra. Esos ejercicios que él no terminaba de comprender, igual que no comprendía lo que pasaba en su casa desde hacía semanas. Veintisiete, veintiséis, veinticinco.... Cuando la cuenta se acercaba al final, las voces se alzaban con más fuerza: ¡Diez, nueve, ocho...! Y, si todavía no había encontrado un escondite, el corazón latía como un loco, porque aunque no fuesen a matar a nadie, la emoción le cosquilleaba en el estómago. ¡Siete, seis, cinco! Y parecía que una jauría de perros iba a salir detrás de ellos, sin piedad ni oportunidad de salvarse. Tres, dos, uno... ¡CERO!

Esperaba tirado en el suelo, pegado a una pared o tapado por un arbusto. Algunas veces se escondían dos o tres en el mismo sitio, y la emoción

se volvía compartida de forma que casi oían el corazón del otro latiendo contra sus costillas. Se mandaban callar entre cuchicheos y codazos. Otras veces prefería aventurarse a algún escondrijo y se sentía como si fuese el último superviviente del mundo, tan solo como las estrellas que titilaban en el cielo.

Se había acostumbrado a moverse en la oscuridad, como un forajido o un espía. Sus sentidos se agudizaban, escuchaba los ruidos más leves y no le molestaban las piedrecitas clavándose en las palmas de sus manos. Pensaba en su padre, escondido en los montes para que no lo mataran, aguantando la respiración igual que él, con los músculos tensos y el corazón encogido. Su padre, tan alto, con aquellas manos enormes quemadas por el sol, aquellos hombros anchos sobre los que le subía a caballito. Su padre, que cuando lo abrazaba -como la vez que se perdió por las calles del pueblo asustado por un perro rabioso y él le trajo de vuelta en brazos- sentía que nadie podía hacerle daño. Le resultaba extraño pensar que su padre también pudiese sentir miedo. Él, que no se asustaba de la oscuridad, las tormentas y los perros rabiosos. Él, que cuando iba a la taberna hacía bromas y se reía rodeado de otros hombres igual de fuertes y altos.

Recordaba todo eso agazapado entre las ruinas de un granero, mientras las pisadas de los otros se extendían por las calles del pueblo como una amenaza. Le llegaba el olor a tierra mojada, a heno recién cortado y estiércol. En el pueblo corrían rumores de hombres que permanecían escondidos desde hacía meses, y él se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de aguantar en la misma posición. Cómo sería permanecer allí durante días, incluso una semana entera. Sus músculos se agarrotarían, sus tripas rugirían de hambre y él seguiría allí, sin moverse.

El sonido de los pasos se acercaba a su posición. Si lo encontraban, solo le quedaba correr con todas sus fuerzas, con los pantalones rotos, las rodillas llenas de costras y la suela de los zapatos levantada. Corría como si le fuese la vida en ello, como si fuese lo último que podía hacer. Algunas veces había esquivado a sus perseguidores entre gritos de asombro. Entonces notaba la adrenalina corriendo por sus venas y una sensación de euforia que no sabía explicar.

Porque ellos también necesitaban vivir algo emocionante en la monotonía de aquel verano, porque la vida debía ser más que aquella espera interminable de algo a lo que no sabían ponerle nombre. La mayoría de las veces le rodeaban dos o tres en un callejón o en una esquina, y tenía que entregarse. Le llevaban a la cárcel, que era la fuente de la plaza, donde estaban otros compañeros que también habían sido capturados. Había algo bello en compartir esa sensación de derrota. Los del otro equipo decían: «¡Tenemos a casi todos!», y solo les quedaba esperar que alguno de los suyos apareciese milagrosamente desde una esquina y les diera la mano, haciendo que todos los encarcelados saliesen corriendo en un grito común de júbilo.

Siempre soñaba con ser él quien los liberaba y el juego continuase. Y es que, cuando volvía a casa, sudoroso y lleno de polvo, su madre ni siquiera lo miraba. Se sentía como si hubiera dejado de existir. Al verla sentada en la silla de la cocina, con las manos sobre el regazo y la mirada perdida, le parecía que ella también esperaba que alguien viniera a salvarla, que apareciese milagrosamente y le dijese que no pasaba nada, que solo era un juego. Jugar era la única forma de escapar del ambiente asfixiante que se respiraba en el salón, detrás de las ventanas siempre corridas, la ropa tendida en las cuerdas y el pan duro que mojaba en la leche. Él escuchaba los murmullos de las vecinas, los golpes en la puerta, los pasos de alguien que no venía nunca. Solo su hermana mayor, con el pelo recogido en un moño y un mandil sucio atado a la cintura, lo miraba con una tristeza inmensa y honda que le producía una sensación muy rara en el estómago, como un agujero por el que se escapaba toda la felicidad, el olor a las rosquillas de su abuela, la risa de su padre y la música de los días de fiesta. Su hermana, que durante las fiestas del pueblo era la que más bailaba con el pelo negro suelto y brillante, movía la cabeza y decía: «Anda, vete a jugar» y él salía de nuevo a la calle.

Porque la felicidad tenía que estar en alguna parte, tenía que ser algo más que aquellas tardes polvorientas, aquel aburrimiento en el que resonaba el tañido de las campanas. Solo le parecía rozarla en los momentos en los que permanecía escondido, con el corazón bombeando y las ramitas del suelo clavándose en las rodillas. En algunas ocasiones la tensión se volvía

insoportable y tenía que morderse los nudillos para no gritar, hasta el punto de dejar una marca rosada en la piel. Entonces alguien gritaba: «¡Está allí!» y comenzaba la persecución. Cuando ya habían capturado a todos, el otro equipo se regocijaba, proclamándose vencedor. Se intercambiaban los papeles, y salían corriendo mientras ellos contaban: Cincuenta, cuarenta y nueve, cuarenta y ocho....

Así fueron pasando los meses, sin escuela ni ejercicios en la pizarra, sin bailes ni rosquillas de su abuela. Cada vez había menos chicos en la plaza, hasta que una vez solo estuvo él debajo del campanario. Esperó durante un rato, pero nadie más se unió al juego. No se rindió y corrió por el pueblo, pero no era lo mismo sin escuchar las voces haciendo la cuenta atrás. A pesar de todo, se apresuró como si así fuese y encontró un escondrijo bastante bueno. Se imaginó que venían a por él, pero ya no sentía ese cosquilleo en el estómago ni el corazón le latía como si se le fuera a salir por la boca. Y aunque pasaron lashoras, no escuchó más ruidos que el mugido lejano de las vacas y la brisa que movía los árboles.

Al final salió de su escondite y se sentó en la acera con los codos sobre las rodillas. No era divertido jugar así. Las calles volvían a ser igual de polvorientas y aburridas que siempre. «Tal vez llega un día en el que te escondes y nadie va a buscarte», pensó. Y se preguntó si la vida iba a ser eso: un juego en el que nadie más participaba, una partida donde solo jugaba él.

Volvió a casa con la cabeza agachada, pegándole patadas a un guijarro. Entró en la cocina y encontró a su madre llorando, con el rostro entre las manos y un aullido que salía de su pecho como el de un animal herido. Su hermana callaba, con el moño deshecho y los brazos cruzados sobre el mandil cada vez más sucio. Intuyó confusamente que el juego había terminado, que los encontraron a todos, y los disparos resonaron por el monte.